

TAUROHUMOR

Conversaciones Taurinas

Por ENRIQUE GUARNER

Desde el origen de la humanidad, tan pronto se entró en contacto con el mundo externo se necesitó cotejar los objetos entre sí. Con ello se hizo verídica la idea de Séneca de que *La naturaleza le ha dado al alma curiosa el afán de conocer*", y afloró la inclinación por la comparación al contar, medir y apreciar las cosas por su peso. Para que los cálculos tuvieran permanencia se estableció: su número, longitud que poseían, el conocimiento de su anchura y el peso específico con que contaban.

Prosiguiendo con estos fundamentos los hombres primitivos buscaron un conocimiento que fuera unánime, con el objeto de hacer las mediciones universales. En sus inicios se utilizó la talla del cuerpo de los adultos realizando las apreciaciones, como todavía se usa en los países anglosajones, en pulgadas y pies. Sin embargo, aunque estas evaluaciones se volvieran constantes en cuanto a longitudes y anchura, el cuantificar el peso de las cosas, ofreció mayores dificultades. Fue hasta el siglo XIX, cuando se adoptó como unidad el calibre de un decímetro cúbico de agua destilada, a la temperatura de cuatro grados centígrados que se denominó el kilogramo. Para ratificarlos, el 20 de diciembre de 1875, la mayoría de los países del orbe se obligaron a sostener una oficina de pesas y medidas permanente que vigilara el prototipo establecido.

A pesar de lo anterior, Albert Einstein en su Teoría de la Relatividad, nos asegura que puede pesarse lo intangible, al quitarle la velocidad a un rayo luminoso, abandonándolo en un campo de gravitación, lo cual sería como dejar caer una pelota y determinar así su peso. Según el genio, la luz se descompone al pasar por un prisma y podemos calibrarla en sus elementos constitutivos, para pesar los mismos.

No obstante lo anterior, jamás imaginé que se pudiera determinar el peso en tonelaje de las ratas. Para mi asombro, este domingo vi cómo algunos de estos roedores de don Teófilo Gómez, saltaban al ruedo de la Monumental Plaza México, trayendo sobre sus lomos un peso de 550 kilogramos. Ante semejante aberración, decidió que sería importante para mis lectores el entrevistar a don Rastrero Perrerías, encargado

de manejar la báscula del coso, quien me relató lo siguiente:

-Mire Usted doctorzuelo, no estoy de acuerdo con lo que está haciendo de rebajarles cien kilos a las ratas que aquí se lidian y le aseguro que hay entera honestidad de mi parte en los anuncios que expongo, porque desde que era niño, pesaba los objetos que encontraba en la casa. Las canicas me daban no menos de media romana y una vez que se le cayó un botón al pantalón de mi papá, lo llevé a la balanza de la cocina y me dio las mismas toneladas que el Titanic, sin contar que iba a bordo Leonardo di Caprio. En la adolescencia entré a trabajar en la miscelánea *La Estafa*, y allí ocurría lo contrario que en mi infancia, o sea, cuando vendíamos medio kilo de jamón, pesábamos 250 gramos, lo melones se calibraban como si fueran sandías, y el kilogramo de plátanos, no llevaba arriba de cuatro dominicos. Más tarde, se me contrató en la Central de Abasto y cuando llegaba un camión, les vendía toneladas rectificadas, inclinando la báscula a mi favor. Es más, Raúl Salinas de Gortari, me quiso contratar para la Conasupo, pero para que vea mi honestidad, no le quise entrar a las drogas.

-Sin embargo, nada de esto se parece a la labor que estoy realizando en la Plaza México, donde siempre comenzamos con el fulcro de la báscula que sobrepasa un cuarto de tonelada, por lo que los ratones adquieren un peso descomunal. Lo más difícil no es eso, sino tratarlo de convencer a Usted de la honorabilidad a toda prueba que tienen nuestros jueces: *Chucho Fábula*, *Beto Lanchón Franchi*, también conocido como *El Barco* y *Toño Barros Ramplón*, que varias veces ha querido renunciar, aunque no lo ha dejado su falta de peso. En fin, que no quisiera extenderme más, pero sí señalarle que aquí no hay nada turbio o nebuloso, sino que sería bueno que Usted consultara a su oculista, o se pusiera binoculares permanentes durante la corrida. No creo que sea necesario discutir aquí la edad, el afeitado o el peso de los animales para corroborar la pureza con la que actuamos.

Habiendo escuchado el vehemente discurso de Rastrero Perrerías, me alejé de él recordando la frase de Séneca en el Libro IV de las *Cuestiones Naturales*, cuando señala: *Siempre se ayuda la mentira para atacar a la verdad*".